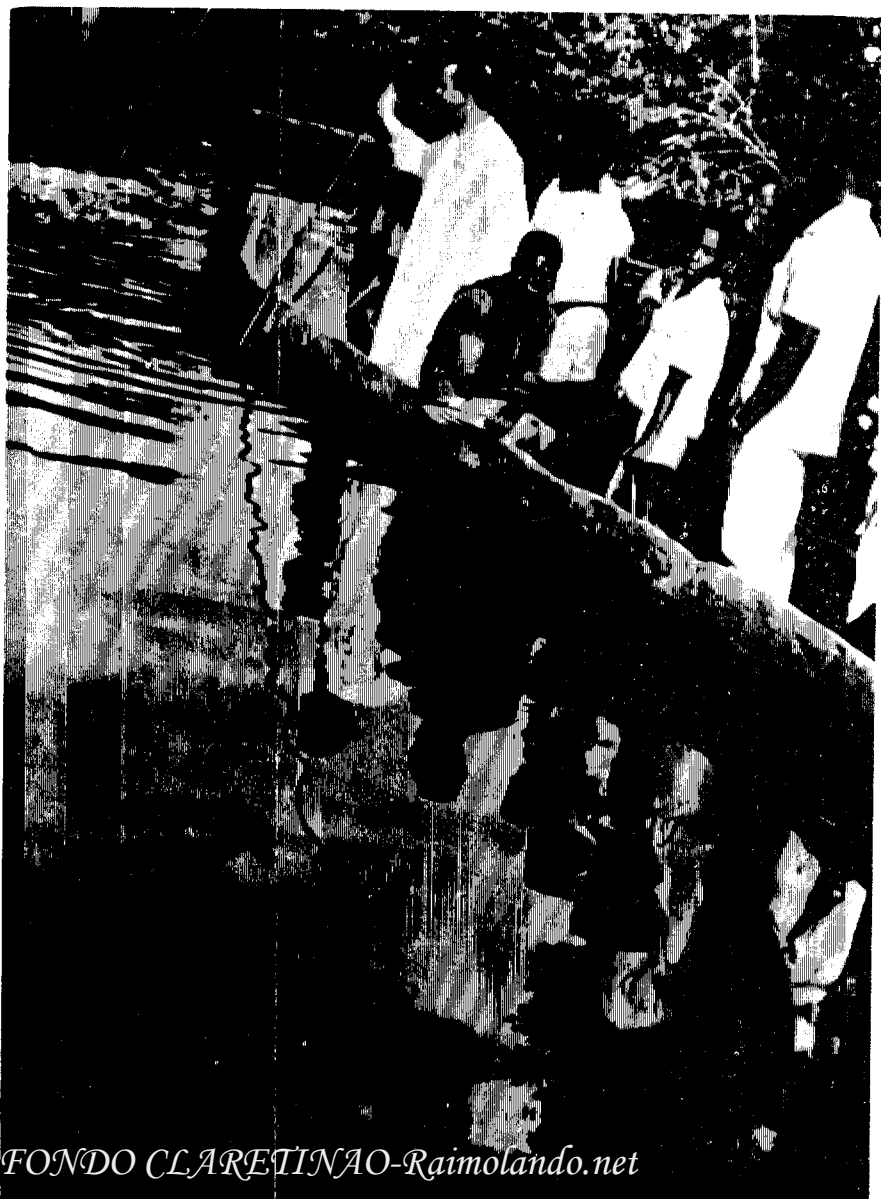


santa isabel
septiembre

1966

la guinea española



Año LXIII

n.º 1606

FONDO CLARETINAO-Raimolando.net

ALMACENES DUMBO

de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera, los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os.} 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



Transportes Reunidos

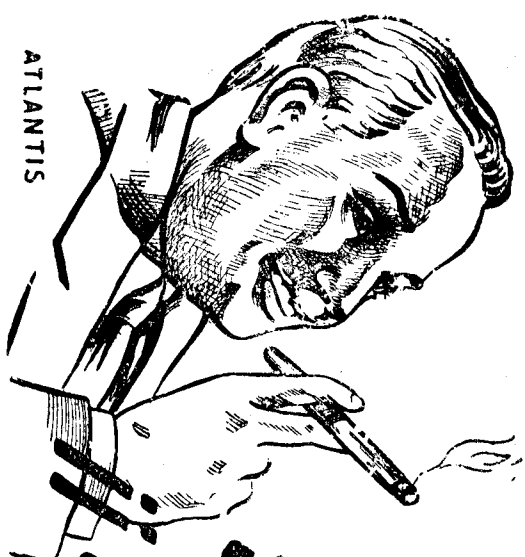
AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Las Tabac...
atlantis

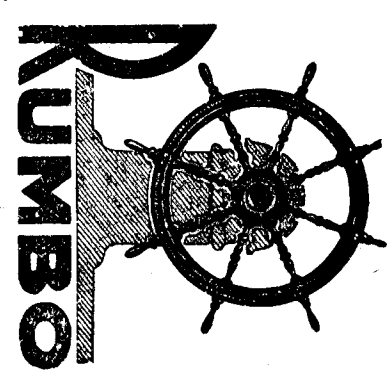
Las tabaccas



ATLANTIS

Son...

¡¡ Magníficos !!



la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1606

Santa Isabel, Septiembre
de 1966

Depósito Legal—F. P., 10—1959.

Sumario

| | Pág. |
|---|------|
| El Subcomité de los veinticuatro en Guinea Ecuatorial..... | 192 |
| Prehistoria de Río Muni..... | 195 |
| Leyendas, fábulas y cuentos bubis, <i>por Tomás Martínez, C. M. F.</i> | 201 |
| Guinea Ecuatorial, <i>por Iñigo de Aranzadi</i> | 208 |
| Datos históricos sobre el origen de la Misión de la finca de Banapá, <i>por el Hno. Andrés Perarnau, C. M. F.</i> | 212 |
| Desaliento..... | 218 |
| Milagro... o Morimó? <i>por José Parrilla, C.M.F.</i> | 221 |

PORTADA

La hermosa aventura de atravesar
un río en cayuco

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria 75 pesetas
De bienhechores 100 pesetas
Número suelto 10 pesetas⁵⁰

El Subcomité de los veinticuatro en Guinea Ecuatorial

En diversas ocasiones numerosos lectores de «La Guinea Española» nos han pedido una opinión sobre las actividades del Comité de los 24 en Guinea Ecuatorial durante su visita del pasado mes de agosto.

Gustosos respondemos y casi por obligación en esta revista que nació en 1903 para defender a Guinea.

Los ilustres señores que nos visitaron no pudieron menos de reconocer que la colonización española ha sido muy distinta de la que otros países han ejercido.

Se cansaron de brindar por la prosperidad presente y futura de la Región y de hacer votos por la liberación de estos africanos gobernados por España.

El Presidente de la Subcomisión Sr. Collier declaró en Madrid que España es el primer país que abre la puerta a esta Comisión de la O.N.U.

(España, Sr. Collier, abre la puerta a cualquiera. No tiene miedo).

El mismo Sr. Presidente, al llegar a Guinea Ecuatorial dijo: «La finalidad de nuestra visita se puede resumir en una palabra; «independencia».

Este resumen es evidentemente bastante desafortunado. En esta primera declaración y en el resto de sus actuaciones públicas y privadas la Subcomisión extralimitó descaradamente la finalidad en su visita a Guinea Ecuatorial.

Es verdad que se llevaron los informes elaborados de acuerdo con el artículo 73 de la Carta de las Naciones Unidas.

Para esto era su visita. Pero a esto le dieron poca importancia. La mayor importancia se la dieron a unas actividades que estaban fuera de su misión y que consistieron en urgir con modos poco razonables la independencia. Les hubiera gustado llevar ya en el bolsillo toda la independencia para presentársela como unos héroes en la sede de las Naciones Unidas. Porque a veces en sus expresiones se manifestaron como héroes ya que sus expresiones sonaban así: «Os ayudaremos a conseguir la independencia»

No sabemos lo que hubiera pasado si los corifeos de la independencia prematura hubieran sido más numerosos en lugar de ser unos grupillos vergonzantes dirigidos quizás por los interesados y astutos explotadores de la inconsciencia.

Pero afortunadamente nosotros podemos ahora levantar el monumento de nuestra admiración y reconocimiento a la habilidad diplomática con que nuestras autoridades del Gobierno Autónomo supieron bandear las pretensiones de unos representantes de la paz y de la libertad que pasaron por estas pro-





vincias casi como células revolucionarias y que sabían negar bonitamente la vigencia de los artículos y anexos de la Carta de las Naciones Unidas que les denunciaban como extra-limitados en su misión.

También el pueblo guineense merece nuestro elogio y nuestra máxima admiración por haber desautorizado a los grupos minoritarios partidistas de la prisa por la independencia precisamente en esta coyuntura histórica en que las autoridades autónomas pueden cuando gusten comenzar el periodo de negociaciones con el Gobierno Español para una situación política libre y de porvenir garantizado y que esté de acuerdo con la letra de la Carta de las Naciones Unidas.

Autoridades y pueblos tuvieron con motivo de esta visita una solemne ocasión de proclamar su adhesión a España y de reconocer, agradecidos, que ellos, gobernados por España progresan triunfalmente hacia la liberación económica, mientras en el mundo y quizá muy cerca de nosotros se muere de hambre mucha gente que pertenece a naciones miembros de las Naciones Unidas.

Prehistoria de Río Muni

Introducción a la cultura africana

Durante muchos siglos los pueblos africanos han estado aislados de los influjos culturales del mundo moderno. Su cultura, dice Alberto Figueroa, ha evolucionado muy lentamente a un ritmo muy adecuado a su modo del ser. El negro es paciente, se consagra durante mucho tiempo a su tarea única sin contar los días que ocupa. Su carácter es opuesto al blanco y en su vida ha evolucionado conforme a su idiosincracia, ligado a sus costumbres y a sus ideas. Ha pasado por etapas prehistóricas muy semejantes a las nuestras y con frecuencia se halla un paralelismo entre sus técnicas y las de Europa» (1).

Este aislamiento en que han vivido durante siglos estos pueblos africanos fué debido, según opinión de algunos autores, a la desecación del Sahara, que les cerró el paso de la civilización que ya florecía en aquél país en el primer milenio antes de Cristo.

Los portugueses descubrieron el Africa en el siglo XV, pero su dominio se ejercía principalmente en las costas, quedando el interior tan aislado y abandonado como siempre. No fué hasta el pasado siglo cuando Misioneros y Colonos europeos emprendieron la cristianización y colonización del vasto Continente.

Importancia de la primitiva cultura

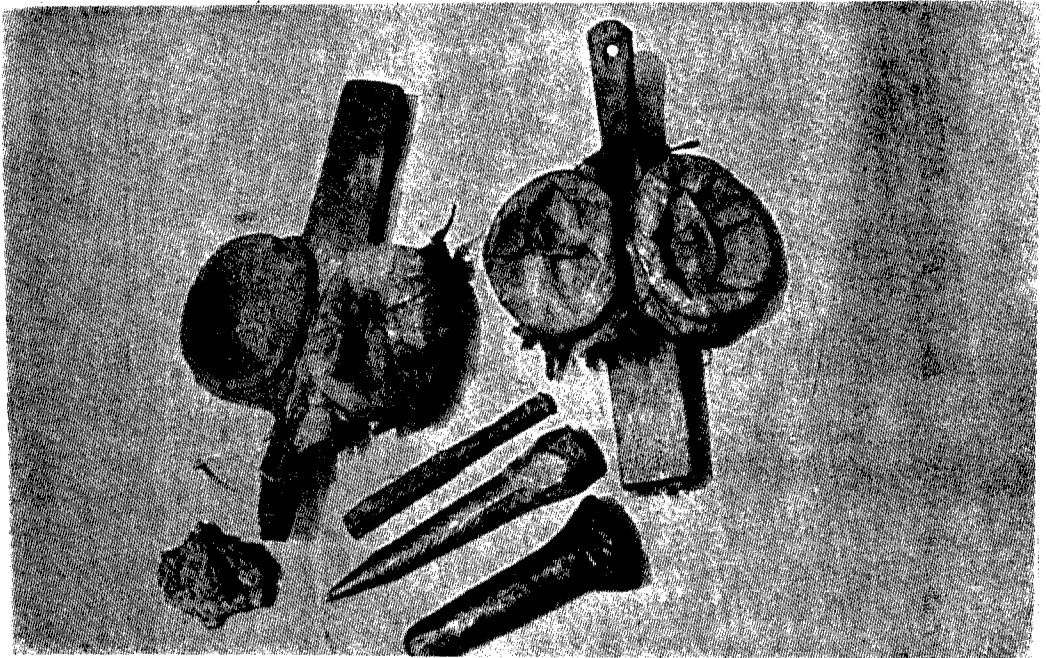
A pesar de este aislamiento, estos pueblos, han sabido crear su propia cultura que no obstante el haber sido mal interpretada y a veces despreciada tiene el valor que pueda tener cualquier otra civilización ya que ha resuelto todas sus necesidades.

Dice un autor moderno que los portugueses al descubrir el Africa se encontraron con una civilización muy similar a la suya si excluimos la navegación y la escritura. Y refiriéndose a la misma dice: «el tambor comunicaba las noticias más rápidamente que el ginete más veloz» (de los europeos).

Y para cerrar esta introducción nos ha parecido oportuno citar una frase muy significativa de un notable prehistoriador español, el Dr. Don Luis Perico García; Estudiando su prehistoria es como se ha rehabilitado este Continente pues se ha visto que su remoto pasado ofrecía vestigios proto humanos de los que parece haberse derivado razas y culturas europeas y asiáticas» (2).

La prehistoria en Africa

Antes de entrar en el análisis de la prehistoria de la Region del Muni objeto del presente trabajo, expondre-mos algunas teorías de carácter gene-



Los Bantu de las estepas centrales inventaron estos fuelles de caja de madera con dos departamentos paralelos cubiertos con una piel. Así se propagó la industria del hierro por todo el Africa.

ral sobre prehistoria africana, las cuales son mantenidas o defendidas por los arqueólogos modernos.

El estudio de la prehistoria africana está enraizado de dificultades provenientes la mayor parte del hecho de estar menos estudiada que en otros países. A pesar de los continuos esfuerzos que se vienen realizando en distintas partes, faltan datos de extensas regiones y aún lo que sabemos no tiene a veces la suficiente garantía por ser recolecciones de superficie con carencia de datos estadísticos seguros.

Otra de las dificultades es el no poder aplicar las teorías o sistemas empleados en Europa, pues que nos encontramos con diferencias climáticas

y faunísticas que no permiten su aplicación. Para su datación o cronología se ha tratado de comprobar si al igual que en Europa se sucedieron también en Africa los períodos alternos de épocas frías o glaciares y húmedas o templadas; concretamente si hubo glaciares e interglaciares. Mientras hay algunos arqueólogos que lo defienden; otros en cambio lo niegan. Parece cierto que ninguna de estas dos tesis descansa sobre base firme.

Neolítico africano

También el Neolítico o nueva edad de piedra se presenta en Africa confuso. Aquí por de pronto no tiene el significado que le damos en la

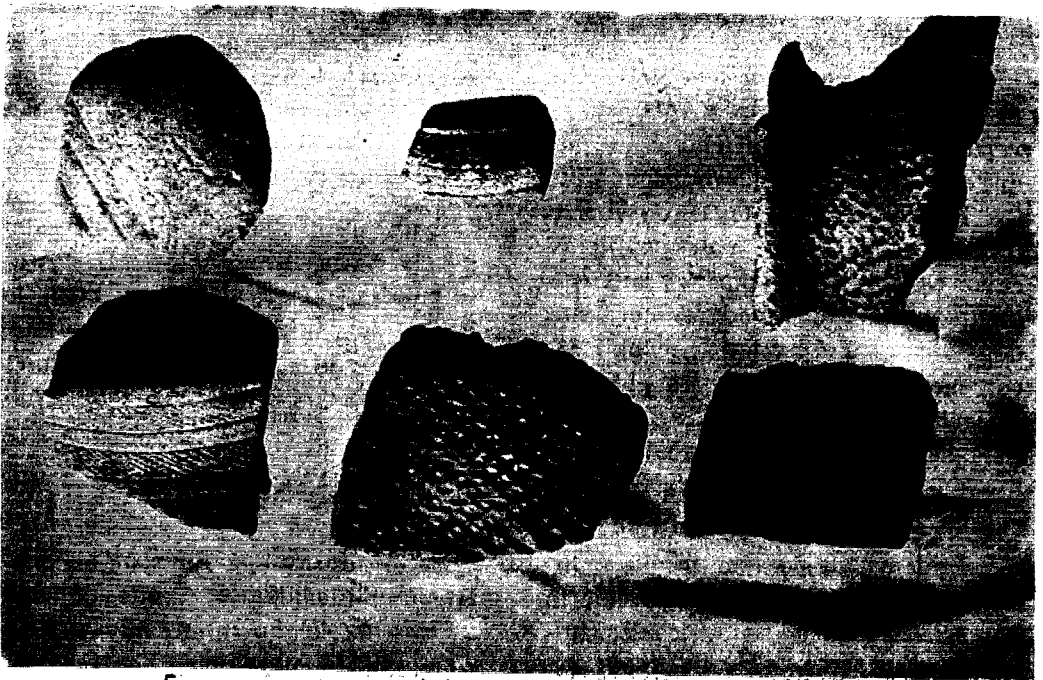
Prehistoria europea, ya que ha pasado directamente a la historia o civilización sin recorrer el camino o etapa de la edad de los metales. Con muy buen acuerdo ha sido llamado por algunos última edad de piedra. Este apelativo encaja perfectamente en la prehistoria de la isla de Fernando Poo, pues se supone que los útiles de piedra perduraron aquí hasta hace poco más de un siglo, no pudiendo emplear instrumental de hierro con toda amplitud hasta la llegada de los españoles. En la región de Río Muni sin embargo hace ya muchos años que conocen el hierro, debido sin duda a la abundancia de este mineral del que carece la isla de Fernando Poo.

Propagación del neolítico africano

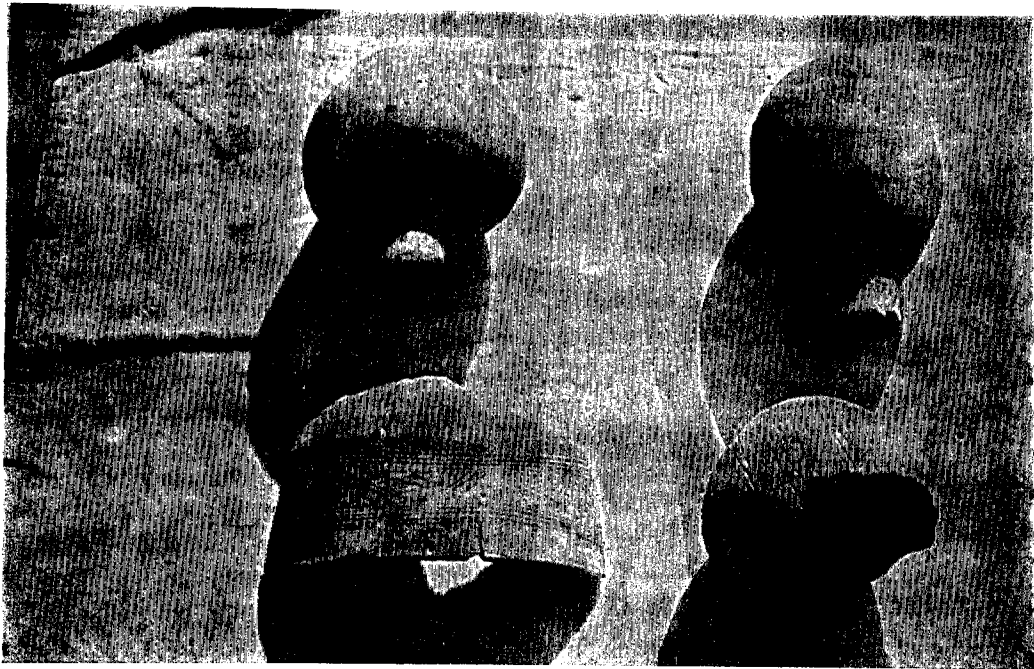
Algunos arqueólogos opinan que

el Neolítico africano se propagó por mar y que por lo tanto sería una cultura playera. Pero lo cierto es que nada seguro se puede afirmar. Por lo que a nuestra región se refiere tenemos pruebas claras solamente hasta 300 Km. hacia el interior.

Según los señores Pericot—Terra-dell (3) el núcleo inicial de las culturas agrícolas (o neolíticas) en el continente Africano provendría de la región Egipcia y el recorrido sería poco más o menos de norte a sur; pero no falta quien defienda la posibilidad de que se invirtieran las flechas o sea que esa cultura se hubiera propagado de sur a norte basándose en algunos hallazgos antropológicos. Como dicen muy bien estos autores citados estamos todavía en la fase de investigación de campo. Nada seguro se puede afirmar aún.



Fragmentos cerámicos de las estaciones Prehistóricas de Río Muni



Vasijas de barro cocido encontradas en la isla de Corisco

Propagación del hierro en Africa

Sobre la propagación del hierro por el Africa se han dado diversidad de versiones. Lo más corriente es aceptar que nos vino de Egipto propagado por los Bantús de las estepas o sabanas inventores de la forja y de los fuelles cuyo elemento principal es un recipiente o caja de madera con dos departamentos paralelos recubiertos con una piel, señalando para el Sudán la fecha de 300 años antes de Cristo. Paralelamente se introdujo también el uso del cobre, del bronce y de la agricultura.

Es interesante lo que dice un autor sobre la propagación del hierro por estas regiones del Africa Ecuatorial (4). «Sólo tres poblaciones no

trabajaban el hierro en el momento en que entraron en contacto con los europeos: los pigmeos de la selva ecuatorial (reciben de sus vecinos negros hachas y azagayas) los bosquimanos del desierto de Kalahari y los habitantes de Fernando Poo.

Estos últimos debieron de abandonar la tierra firme antes del descubrimiento de los metales o bien, lo que es una hipótesis más verosímil; debieron de abandonar una técnica que carecía de interés en su isla volcánica».

Paralelismo cultural

El estudio comparativo de los materiales arqueológicos pone de manifiesto un hecho interesante y alocucionador: El paralelismo o analogía



Abalorios cerámicos de las estaciones
de la Región de Río Muni

que se observa entre los útiles africanos y otros europeos siendo a veces tanta la semejanza que es difícil distinguir unos de otros; y téngase en cuenta que han sido hallados a miles de kilómetros de distancia y extraídos debajo de la tierra lo que demuestra que no se trata de ningún fraude sino de una cultura semejante a la nuestra pero que se desarrolló entre dos puntos muy distantes el uno del otro.

Este fenómeno como es natural ha sido observado por los arqueólogos pero sus afirmaciones o conclusiones no están de acuerdo. Queda por tanto el enigma de siempre: la procedencia u origen de esta cultura, su propagación y caminos recorridos y más que nada el punto inicial en que ésta se comenzó.

Importancia de la prehistoria en Africa

Las excavaciones arqueológicas se asemejan a un libro, cuyas hojas son los diferentes niveles superpuestos de los cortes estratigráficos los cuales al ser extraídos de la tierra en capas horizontales nos van mostrando los restos o elementos de cultura del hombre primitivo que en épocas anteriores y sucesivas ocupó aquellos estratos.

Ciertos materiales no resisten la acción del tiempo y de los elementos destructivos de la naturaleza en cambio otros como el material lítico o de piedra y los restos de cerámica se conservan perfectamente. También es fácil encontrar objetos de metal y restos antropológicos y zoológicos, todo lo cual tiene singular importancia para

rehacer en lo posible la historia de estos pueblos que han vivido la prehistoria hasta la llegada de los europeos.

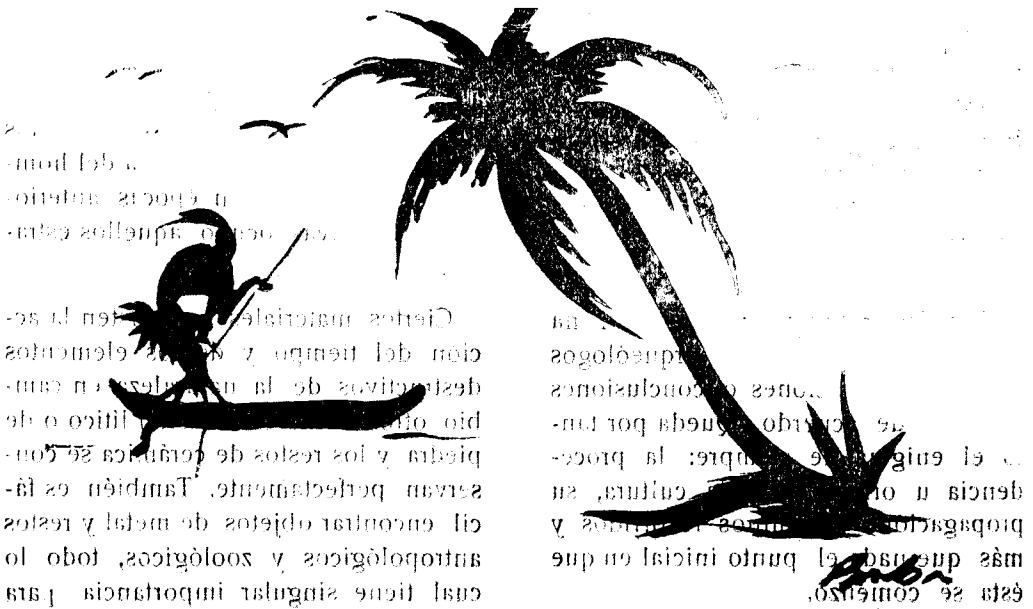
I con estos antecedentes nos disponemos a presentar el estado actual de la Prehistoria de la región de RIO MUNI.

La Región Ecuatorial Africana con influencia Española llamada Río Muni está enmarcada dentro de un rectángulo formado por los paralelos 2º, 21º y 1º, 1º de latitud Norte y los meridianos 14º, 59º y 13º, 1º de longitud Este del meridiano de Madrid.

Limita al Norte con el río Campo y la República de Camerun, al Sur con el estuario del Muni y la República del Gabón, al Este con la misma República del Gabón y al Oeste con el océano Atlántico.

Su extensión es de 26.000 Km. cuadrados y su población es de 183.377 habitantes.

El terreno de la Costa e Islas adyacentes pertenece en general al Cretáceo siendo abundantes las margas calizas fosilíferas, las areniscas, pizarras, cuarcitas, sílex, cuarzo etc.



Leyendas, fábulas y cuentos bubis

Por T. Martínez García

B O R I J I

Boriji era una mujer joven y agradada. Vivía en el poblado respetada y admirada de todos sus paisanos. Tuvo un hijo a quien puso por nombre Bioko.

Bajo las atenciones de su madre Bioko creció sano y robusto. Era el más inteligente y fuerte de todos los jóvenes de su edad de aquí que con el tiempo fuera proclamado con el aplauso de todos jefe del poblado.

Bioko, como buen bubí, amaba la guerra como deporte y sobre todo como necesidad para poder sobrevivir. Capitaneaba un buen grupo de guerreros todos valientes como él.

Boriji estaba orgullosa de su hijo porque siempre que salía a guerrear veíale volver victorioso, su cuerpo cubierto de sangre enemiga como su mejor insignia. Nadie podía contra Bioko pues su espíritu era poderoso.

Los enemigos se extrañaban de que Bioko saliera siempre victorioso de la pelea y sobre todo de que en la lucha murieran tan pocos de sus guerreros. Un día se congregaron para

consultar al espíritu. Querían saber cómo podían vencer a Bioko.

El bojiammó adentrado en la oscuridad de la cueva sagrada conjuró al espíritu de Bioko y el espíritu del guerrero se hizo presente al instante.

A fuera, todos los que habían acudido a la consulta, oyeron las palabras del espíritu de Bioko: Si queréis matarme — dijo — debéis atravesar mi corazón con una lanza.

Durante días los guerreros enemigos afilaron su puntería para que una de sus lanzas se clavase en el punto exacto del pecho de Bioko. Fueron muchos los que sobre los troncos de los árboles alcanzaron una precisión exacta en el tiro.

Pasados los días otra vez llegó la hora de la lucha y nuevamente se enfrentaron los dos bandos rivales. La espesura del bosque ocultaba los cuerpos de los guerreros. La confianza reinaba, como siempre, entre las huestes de Bioko. Sólo este sentía dentro de sí el silencio inusitado de su espíritu y salió decidido con su manojo de lanzas para enardecerse en la lucha y poder oír nuevamentr

la voz dulce y fuerte de su espíritu.

La figura de Bioko se hizo entonces visible en medio del ramaje y una lanza enemiga, certera, rápida, fue a clavarse en el costado de Bioko sin rozar las hojas de los arbustos.

Bioko herido mortalmente, lanzó un guemido cayendo a tierra.

Aquel día cuando los guerreros de Bioko entraron precipitadamente en el poblado Boriji no vió entra a su hijo.

Ninguno quiso darle la mala noticia y cuando Boriji se enteró de la muerte de su hijo llorando salió en su búsqueda.

Subiendo por las laderas del Pico Divisó en la altura una casa grande y hermosa y delante de ella una persona sentada.

Al acercarse Boriji oyó una voz melodiosa y confortable que le decía: madre, ¿a adónde vas por aquí ?.

Boriji sintió que su corazón se le ensanchaba en el pecho y reconoció en aquel señor de la casa a su hijo.

—He venido a buscarte, hijo mío, pues sin ti no puedo vivir

Boriji no volvió más al poblado y desde entonces vive con su hijo allá arriba y con él vivirá para siempre.

NOTA Este cuento o fábula, al igual que otros que se publicarán y algún otro ya publicado, es de corte neoafricano. Las dos notas que componen la cultura neoafricana el elemento africano y el elemento europeo por así llamarlo, que en este caso es el cristiano, están aquí bien patentes.

Boriji y Bisila son dos nombres diferentes que concretizan una misma persona. Bisila es la gran madre de los bubis en la concepción bubi sería disparatado llamarla diosa— y como tal a ella le pertenece el alimentar a sus hijos. De aquí que el bijem sea un don de Bisila a Boriji a su pueblo con el cual se alimentaba en tanto llegaba a sazón la cosecha del ñame.

Los bubis identifican a Bisila con la Virgen Santísima.

En esta fábula tenemos resumida admirablemente la vida de la Virgen y de su Hijo en lenguaje y exposición africanos:

Boriji—la Virgen María—vive en poblado entre la admiración y respeto de sus paisanos. Tiene solamente un hijo, Bioko—Jesucristo, Hijo, Único de la Virgen.

Bioko—Jesucristo, vive en el poblado bajo la protección de su madre—años de Nazaret.

La vida ministerial de Jesucristo, vida apoteósica frente a las diferentes sectas y autoridades judías que oponían a su ministerio, la vemos dibujada en esos hechos victoriosos de Bioko contra sus enemigos.

Bioko se entrega a la muerte haciendo que su espíritu declare, en la cueva, a sus enemigos el lado vulnerable de su cuerpo. Jesucristo, en el huerto de Getsemani, se entrega a sus enemigos diciéndoles: Yo soy.

Una lanza—y en el corazón—unen a Bioko y a Jesús en la muerte. Y en ambos casos un gemido sella sus vidas.

Bioko ha desaparecido de los suyos y vive glorioso y feliz en las alturas del Pico. Jesucristo asciende glorioso a las alturas del cielo tras su muerte.

Boriji ha ido en su busca pues no pudo vivir sin él. La Virgen Santísima cuyo tránsito de este mundo se debe, según los teólogos, o un éxtasis de amor, salió de este mundo—Asunción de la virgen—en busca de su Hijo Jesús y a su lado vive con gloria eterna.

GUINEA ECUATORIAL

Por Iñigo DE ARANZADI

A los viejos coloniales, que tanto país han hecho.

I.—RIO MUNI

LA PLAYA

La ballenera aproaba las arenas del varadero. En el continente ecuatorial las arenas son doradas por el norte grises por el sur, blanquísimas en Corisco, y la mar se azula y verdeguea según los días, la luna y la nostalgia. La ballenera, digo, traía gentes de la Península a quienes marinos de barcos con nombres de ríos, poetas y ciudades, habían señalado la ceiba que todavía es aliada para los buenos arribos. La ceiba está, por eso, como figura grande en el escudo municipal de Bata.

El fondo rascaba quilla y los pasajeros de la ballenera, se ayudaban en los cargadores de la calle para alcanzar la orilla. Otros cargadores negros avisados y comerciadotes, aparejaban los tipoy a la vista de clientes no dispuestos a tocar agua y así a la propina larga, estipulada, a cambio de pasearse, desde la barcaza a la playa, sentados en trono primario como reyes circunstaciales.

Después del trasiego y la bienvenida, la playa del varadero viejo acogía a a ballenera, que se quedaba muy can-

sada, sin poder levantar la manga, muy cerca del chiringuito asomado a un malecón de maderas del bosque.

Pero la recepción se mudó de playa y los hombres hicieron un muelle muy largo, muy fuerte, muy macizo, para ganar eficacia —riqueza, comodidad, tiempo— aun a costa de la belleza. A la ballenera le dolía la proa de tanto riquitruque de grúas y remolcadores y se murió de una jaqueca, descuadernada en el varadero antiguo. Un mozo pámue, ayudante de factoría, desclavó las puntas para hacerse un armatoste y un pescador combe se llevó el achicador, lo puso entre sus aparejos y completó su cayuco que, según decía, cuando no hacía agua se la daba el mar.

El muchacho factor no viene a historia, pero sí me contaron que el combe se hizo a la mar, con su cayuco de ocume vaciado y le puso trapo para el ir a vela. El hombre se dedicaba a la pesca para el mercadeo al detall y se iba a los colorados, en el banco de Punta Mbonda, que es un pueblo de ones, parientes de



los combes por parte de hembra y forman cultura Ndowné, que es marinera y ha aprendido a pescar, que a la fuerza ahorcan, desde que se llegaron a la costa cuando las guerras y los escarceos con los pueblos agresivos que los echaron de su bosque. El pescador combe se llamaba Rocu y cuando el viento daba del Sur, pasaba por Mbonda a toda vela y soplabá un cuerno de antilope gigante dándole sonido de amor por que tenía a quien mensajear desde su canoa y sabía que entre el cocotal, en la finca de maíz, alguien dejaría de azadar para sonreír hacia la mar y empezar la espera.

Rocu llegaba al anochecer con el cayuco colmado de colorados, alguna bipaca para muestra, ñangas a esgalla y palometas para la amada. Sus cuñados, a estilo del país, se acercaban al amanecer a Bata, por el camino de Utonde, a vender la cosecha. Si no era día de avión llegaban los peces frescos y, si el aeropuerto internacional funcionaba, los

chiquillos dejaban pudrir el pescado viendo el aterrizaje de los aeronavíos casi marcando con el tren el agua del Utonde.

Rocu, a pesar de sus cuñados, ganó dinero y se compró un motor fuera de borda, pues si otros hermanos suyos lo tenían, no iba a ser él menos siendo mejor pescador. Se fue a la orilla del Ecuco, en donde había un carpintero de ribera, le pidió consejo y construyó un cayuco con la popa en abismo para fijar el motor. Decía Rocu que en la barra del Ecuco, a una legua de Bata, había una manati con los pechos hartos y una cría a amamantar. Los braceros nigerianos daban en llamarle *mami natá*, madre del agua, a la que temen por mujer y por sirena. Pero para Rocu no era más que un pez grande y, si alguna vez lo intuyó paciando hierbas fluviales en la noche del delta, se acercaba sin sacar el remo para más sigilo, y cuando el manatí desaparecía con el hijo lactante, Rocu se reía solemne-



mente, juraba no olvidar el arpón y añadirlo a sus artes, y tiraba del cordón de puesta en marcha. El manatí no daba más ni menos valor al paisaje de Rocu al igual, decía, que las historias de mboetis y ritos antropófagos ocultos en las orillas del Ecuco. El estaba a cubierto porque

se iba a dormir a Punta Mlonda; pero un día que se le averió el fueraborda, por no pasar la noche en tierra del Ecuco, pretextó una amiga de hola y se llegó a Comandachina, afueras de Bata, en donde los salones de baile hacían su agosto con los burócratas negros de la ciudad y los marineros extranjeros.

Donde más disfrutó Rocu fue haciendo la travesía de Yengüe a Campo, en el río Ntem. El río Campo está arriba, haciendo frontera con el Camerún, y tiene una mala barra, unas arenas en la desembocadura capaces de producir sandías y un cauce terso y navegable a favor de marea. Rocu recaló en Yengüe porque doña Loreto de Castro, una señora muy señora, le había pedido un transporte de pescado seco para racionar en su explotación de palmera de aceite. De subida pescó al curricán, un tiburón de metro y tres cuartos de eslora, en el mismo río. Llegó a Yengüe con el transporte y la mercancía nueva que distribuyó a tocateja. Esto le dió admiradores; Rocu es combe y muy vanidoso; y los baseques de Yengüe, astutos como pueblos originarios, adularon la voluntad de Rocu, siempre dispuesto a la lisonja y, poco a poco, los baseques consiguieron tener un cayuco fueraborda previo pago, naturalmente, de los portes. Rocu se encontró a gusto y se dedicó un tiempo al llevar pasajeros y bultos río arriba y río abajo.

La casa de doña Loreto estaba sobre una loma asomada al gran meandro que formó el río en un mila-

gro. A la orilla de la casa empezaban los saltos y allí tenía lugar el baño del atardecer. Un día Rocu, el que no temía al manatí, vio dos hipopótamos, acaso el último vestigio en los ríos guineos, y se escapó en cueros vivos hasta el poblado. Se le rieron; Rocu se enfadó, no pudo dormir de coraje y, al clarear, se marchó con su cayuco sin despedirse ni de doña Loreto.

—A las bipacas —pensó—. En Cogo pescaré miles de bipacas.

Pasó de largo frente a Punta Mbonda. No pensaba fondear en Bata, pero cuando avistó las agujas de la Catedral Misión, decidió repostar gasolina. Después comió en el “Gran Bar comidas hay tortilla macarrones y tiburón” y se fue al fondero —mucho más barato que el muelle—. Mas se lo pensó mejor, hizo tiempo y se metió en el cine.

A la amanecida le dio el sol de costado, pasado ya el Ecucu. Antes de medio día llegó a la altura de Upandyo, en donde aún existe el cementerio más patético de Africa y la casa colonial de más fuste; y dobló Bolondo, río Benito adentro. Mientras llegada a la villa del Río Benito, la balsa hacia su segundo viaje de una a otra orilla. (La balsa del Benito ha sido el último rastro a extinguir en el gremio de la boga, necesaria para salvar márgenes distantes. Hoy se le recuerda con el cariño de las cosas perdidas y unidas a un tiempo importante, porque el tiempo importa mucho a quien lo ha montado con los estribos de las cosas entoces a la mano. El gran puente de Sendye de más de medio kilómetro de largo,

ha relegado, casi totalmente, a aquella balsa del Benito, almadía hechurada para el paso de las aguas a compás de los flujos de la mar.)

Rocu pasó lejos y veloz en su cayuco y los pasajeros de la balsa, desde el medio del río, recostados en su automóvil y sentados en los soportes de apeo de un camión, le gritaron. Rocu, dignamente, les saludó con la mano.

La fonda Río Benito está situada en la ribera izquierda y tiene un amplio mirador abierto al río. Desde allí se ven llegar a la otra orilla los camiones que todavía circulan por la carretera vieja, desde Bata a las fincas de palmeras y explotaciones madereras, aunque apenas se distingue a las gentes. Rocu entró en la fonda, y pidió una cerveza y a continuación una ginebra con agua fría. El dueño de la fonda, santanderino y cocinero, le preguntó si era suyo el cayuco a motor arriado al pantalán.

—Lo digo porque ahí están dos cazadores que quieren subir hacia Sendye. Es buena ocasión de ganar unas perras

—Yo voy a Cogo —contestó Rocu.
—Usted es muy dueño, caballero
—le dijo el santanderino casi cantando.

Los cazadores estaban en el pantalán mirando el motor del cayuco de Rocu. El río Benito llevaba aguas de torrentera que rompían con a marea creciente. Allá al otro lado estaba el norte de Río Muni; la provincia queda dividida en dos por el río que, de naciente a poniente,

va salvando barranqueras en cascadas y saltos y, desde Sendye, se hace navegable para los troncos almadieros arrastrados por gabarras hasta los barcos forestales fondeados a dos millar de Río Benito. La villa es muy africana y bonita.

Bordeada de cocoteros adquiere aspecto oceánico y las playas, llanas y accesibles hasta Bolondo, en la otra orilla empiezan a agrisarse y a ser frecuentes las pizarras y arrecifes de margas. Es curioso que las gentes del norte y del sur del río Benito tengan maneras diferentes sin distinguir raza o color.

Acaso el río, que durante tantos años ha separado Benito y Cogo de Bata, haya influido en ello. El paso del río da matices no sospechados para las gentes del norte (Micomeseng, Ebibeyin) que no conocen la zona del estuario.

Rocu bebió su ginebra, se sentó en el comedor y pidió el cubierto más barato. Los cazadores entraron en la fonda, hablaron con el dueño y éste señaló a Rocu.

Cuando Rocu terminó de comer ya se había comprometido con los cazadores y había aplazado su viaje a Cogo hasta el día siguiente. A la tarde llevó a Sendye —veinte kilómetros corriente arriba— a los matabúfalos y se entretuvo en contar los camiones de tonelaje insólitos que acarreaban la madera de la explotación al pequeño pantalán que la Jover tiene junto a la casa gerencia, mientras los cazadores, después de esperar al guía y pistero con quien se habían citado, se adentraron en el bosque más profundo.

Rocu se quedó en Sendye y al día siguiente bajó hasta la mar, cruzó la anchísima barra por el mejor paso y enfiló hacia el sur.



Instantánea de Micomeseng (Río Muni)

Del Benito al Etembue las playas son difíciles. El bosque llega hasta ellas impetuoso como un arrebato. Y el arranque del bosque lo corta el hombre, árbol a árbol, y lo echa a flotar por la corriente del Nume, del Endote, Juanye, Aye y del Etembue. El bosque se ha ido desaviando por vía fluvial. Las empresas madereras han desguazado la selva de la costa y van, qué remedio, invadiendo los bosques vírgenes del interior. Los barcos forestales se llevan de las costas de Río Muni más de un cuarto de millón de toneladas al año. Rocu iba cantando mientras el cayuco, a medio gas, había rebasado Etembue.

Cantaba alegremente y pensaba en que si tubiera una lancha de cien toneladas en vez de un cayuco, se llevaría de las playas los innumerables troncos perdidos de las almadías, o desprendidos a la hora de la carga, que la mar había mandado varar en las playas del sur.

Maderero en esa forma sí que le convencía. Pero trabajar en una explotación forestal, con la soledad a cuestras alternada con la barahunda aterradora de la jornada, no le resultaba halagüeño. Para él su pesca, su ir y venir, su cayuco a motor y su libertad.

Se quedó en Nguéle porque necesitaba un certificado del Padre Soborit, en la Misión de Egombegombe. El Padre Saborit, misionero expedicionario a los casi setenta años, es un hombre venerable y andariego que salta los pasos como un mozo y recorre los senderos hablando a los hombres de Dios después de



haber hablado a Dios de los hombres.

Por el río Ijono, la franja de las fincas de café de los agricultores nativos era, otra vez, pura selva. En Cabo San Juan, lo más occidental del continente, los hombres trabajan en la enorme finca de palmera de aceite, la mayor y mejor de la provincia, en el desaguar de



Ñañe. El jefe de empresa, un navarro azagreño, festivo y cabal, dió a Rocu un porte a Puerto Iradier capital de Cogo, y un recado para el aislado finquero de punta Calatrava. Luego le invitó a un *salto* de brandy y agua, bebida antigua y colonial, rito preciso para el encuentro o fondo traslúcido del diálogo ecuatorial

Rocu consideró el estado de la mar, habló del comunal y disparatado negocio de los taxis, de la industria de los bares, y terminó su juicio dando fe de que un hombre, un cayuco y un motor es lo mejor de lo mejor, sentencia que ha tomado cuerpo entre los playeros y se generaliza al tiempo que los fuerabodas se venden como el pan, casi tanto como la radio portátil, verdadera plaga del bosque. Porque, decía Rocu, si la mar tiene algo de malo es lo trabajoso de la boga y el trapo no encuentra siempre la brisa y un motor cuidado en un tronco bien marinero da sopas con ronda a las estrechas carreteras de tierra, en las que para la vira es menester maniobra; y el pasajero de

taxi, cuando sale incordio, acaba rebajando la tarifa o llevando la cosa a los tribunales; y esa palabra no existe en la mar; si un pasajero sale sansiroolé o metecientos, se le acerca a la costa, se le tira al agua y la paz es ancha con el mar océano.

Los saltos se repitieron. Muro, el navarro, se divirtió como un enano y Rocu se amoscó sin darse cuenta. Muro le dijo al combe que estaba muy cocido para navegar, y más en solitario. Así que le buscaba un cobijo y se quedaba en San Juan, que el porte llegaría a tiempo si salía al amanecer y no se entretenía en Calatrava.

Rocu salió de Cabo San Juan por cerca del lugar en donde, en 1.885, los claretianos fundaron su primera misión continental.

Calatrava es un lugar maravilloso. Después de Punta Negra y Punta Corona, torciendo hacia el sudeste, está en el extremo poniente de la Bahía de Corisco. Es Punta Mosquitos, célebre en las épocas de los barcos negreros y anotados en las

cartas de marea por los navíos de entonces. Hoy se llama Calatrava porque es el nombre del campamento militar que hiciera crear Ramos Izquierdo, caballero calatravo y gobernador de los territorios.

A Calatrava se llega por mar o andando o no se llega. Rocu desprecia los vehiculos de ruedas, pero sus hermanos de color, desde San Juan a Punta Yeke, van despoblando la costa porque, dicen no tienen carretera a la general. Los habitantes de la Bahía de Corisco están aislados del resto del mundo y ya sólo su ir a Cogo es un gran viaje casi siempre por mar. La Bahía es uno de los lugares más bellos de la tierra. Desde Calatrava, o Mosquitos, hasta la punta oriental, Yeke, de la bahía, no hay pasaje más acariciador para los ojos. Al sur, Corisco, la isla del amor, la Mandyi de los bengas, capital de negros holandeses en el XVII y cuna y sepulcro de Uganda último rey de los bengas (dice la tradición que Uganda descendía de una holandesa raptada de niña), devuelta a los portugueses en 1648, en que fundaron la Compañía de Corisco. La isla y territorios pasan a España ciento treinta años después (por el tratado de El Pardo). Y pasado un siglo se ven en la isla, centro comercial de toda la región costera de Guinea de aquel tiempo, comerciantes catalanes, mallorquines y valencianos, como la Casa Vincent y Simò, que tenía, además, un hospital para los marinos que mal arribaban.

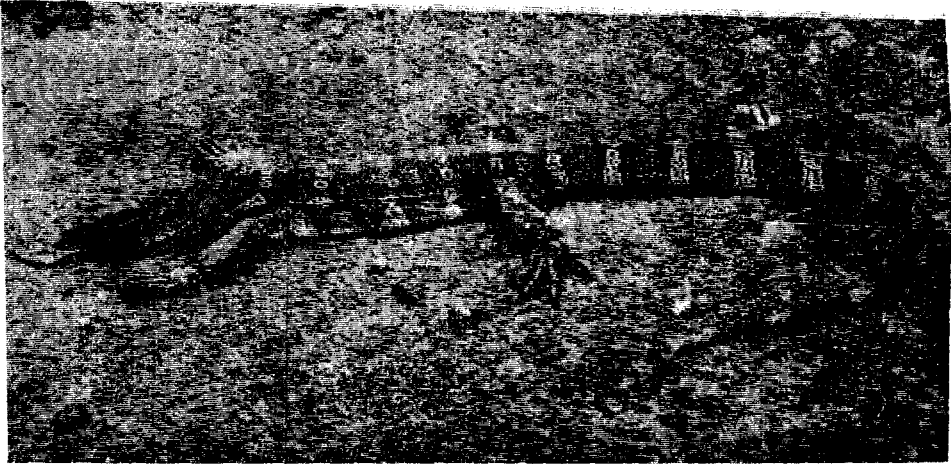
Los portugueses la llamaron Corisco, relámpago, porque vieron destellar sus playas cuarzosas y blaquisimas a la luz mediodía.

Desde Calatrava, Corisco es como un deseo; poblada de árboles minúsculos que dejan horizonte a su través, sus playas, la más blancas y caracoleras, coruscan satinan, espejean a ramalazos el sol más brillador.

Desde Calatrava, las islas Elobeyes son como dos grandes sirtes enmarañadas. En la grande quedan algunos pescadores y en Elobey chico las ruinas de los edificios de cuando el subgobierno de Elobey, que se fue a Cogo por los años veinte y dejó, luego, su jurisdicción en manos del subgobernador de Bata.

Corisco, cerca de la línea del Ecuador, tiene las primicias de la historia de Río Muni; descubridores que la rebozaron, explotadores que la nominaron, negreros que la habitaron, comerciantes que la poblaron, misioneros que la evangelizaron. A ella están unidos los nombres de Lerena, Chacón, Iradier Ossorio, Montes de Oca, Bonelli Hernando y Valero Berenguer. Y los jesuitas, y tantísimos claretianos.

Corisco es la delicia del Muni y el Muni es un estuario bellísimo. Primero fue la Angra —ensenada— de los portugueses; más tarde los ingleses le llamaron Danger, por lo peligroso de su navegación. Tiene a su salida a la mar las islas Elobeyes, y los ríos Congüe, Mitong y Mitémele recibiendo y despidiendo la mar en la llanada de sus mangiares que dejan las raíces al aire, en la bajamar, como un bosque fantasmagórico. Los manglares de los ríos tributarios del gran estuario son silenciosos, deshabitados y laberínticos; mueren en un pantano ancho y mágico tierra adentro, por el norte hacia casi el



iguana, animal sagrado para los fang

Masaringa y por el Utoche hasta Amanening, el final de la vida, del mundo de los fang.

Rocu vió en Calatrava a uno de los hijos de Alberto Blasco, arquitecto y esmaliista catalán; le dio el recado de Muro y le dejó en solitario con la isla de Corisco a su frente, el Gabón más al sur, Punta Yeke al este y las Elobeyes en la bocana de la ría; y tierra adentro el trabajo, la finca de café y cacao que iniciara en otro tiempo Barbero, uno de los pianeros españoles a quienes debe la tierra su esfuerzo constructor.

Frente a Cogo, Rocu contempló los cayucos pescadores a la bipaca. Al hombre se le alegraron los ojos y tensó los músculos de complacencia, Aguas del sur, banco de bipacas para ahumar, secar, vender y ganar. Aguas del sur para un hombre un motor y un cayuco. A empezar la vida, cada día a empezarla; amanecer con un nuevo ánimo y a babor la suerte.

Rocu aceleró el dos tiempos y el piraguón saltó cabriolero. Ya estaba en aguas de bipacas. Pronto, a dejar la mercancía en Cogo para volver a la Bahía de Corisco, a Mbinda a Bogo o junto al arroyo Marisa de Malandya. Si le ofrecían en Cogo transporte para los ríos grandes que lo hiciera Nilo Campos, el fabuloso Nilo

Campos, el que ofreció a Onassis asociarse, con derechos iguales, aportando su flota de un lanchón y tres cucharones. Rocu a la bipaca, Nilo a su flota, el pez bajo la mar y la red a la batida.

Allá quedaría Cogo dividiendo mangles cortando ríos, soltando turistas a la isla de los Papagayos; Cogo con sus gentes, sus comerciantes y sus auxiliares administrativos de trajes impecables; Cogo en el lugar más hermoso de Guinea, y él, Rocu, combe y marinero singlaria aguas de Evor o Brandy o Malandya a la pesca de la bipaca codiciada en Bata y en el interior. Y, a buen seguro, encontraría un motivo de dar sonido de amor a su cuerno de antilope gigante.

De Acalayong, pantalán y estación última de la guagua de la capital, venía una lancha, apretada hasta las bordas, de viajeros polvorientos de laterita roja del camino. Un barco maderero fondeaba cara a Cogo y ya iba una ballenera remolcada a recibir carga al costado del buque. Una ballenera. Rocu quitó gas, tomó el achicador y, en memoria de una barcaza muerta en olor de historia cumplida, comenzó a echar el agua del calado, por encima de su hombro, a la estela blanca de su cayuco aproando malecón de tregua.

Datos históricos sobre el origen de la Misión de la finca de Banapá. Finca modelo y madre de innumerables fincas de la isla y de países extranjeros

Por el Hermano Andrés Perarnau, c. m. f.

(NOTA: Continúa la relación de los trabajos realizados por la Misión para la colonización de Fernando Poo

ANO 1915

El Hermano Vilamasana apenas pudo terminar la cosecha. Tuvo que embarcar en enero para Canarias quedando sólo en la finca el Hno. Francisco Porta el cual continuó el replante de cacao y café desde la trocha del tren hasta el camino de San Carlos.

Antes de embarcar, el Hno. Vilamasana pudo ver instalada la vía férrea y la inauguración del tren el 27 de septiembre de 1914. También pudo ver el primer accidente del tren que pareció un castigo de Dios pues sucedió donde más destrozos se habían hecho en la finca sin necesidad. A causa de un hundimiento todo el tren se volcó detrás de la misión vieja de Banapá. Los pasajeros, al ver la máquina fuera de la vía y que comenzaban a volcar los primeros vagones, saltaron a tierra con gran ligereza y no hubo ni una desgracia.

Al llegar aquí también tenemos nosotros que dar un salto de dos años pues no se encuentra ningún dato correspondiente al 16 y al 17. He preguntado varias veces al Hno. Porta si se acordaba de algo y me ha prometido

algunos datos, pero he esperado varios años... y hasta el presente... nada.

Mas como tuve yo que venir a suplirle en 1917 vi todo lo realizado por él en estos tres años casi enteros que ha estado al frente de la finca. Además del café plantado en toda la gran curva de la carretera hacia la Caifer, hizo otro trabajo colosal abriendo miles y miles de grandes hoyos de 0'60 mts. de diámetro por 0'40 de profundidad para sembrar cacao en toda la finca. Era una grande obra pero resultó inútil.

En el fondo de cada hoyo, en tierra virgen, escarbando un poco, sembró las semillas de cacao, el cual aunque nació no pudo desarrollarse por ser la tierra tan dura y porque en tiempo de lluvias se llenaban de agua los hoyos y se ahogaba la planta. Había varios miles más de hoyos de 0'70 de profundidad por 0'20 de diámetro. En el fondo también había sembrado cacao pero a los tres años aún no se veía a flor de tierra.

Como la hierba y las hojas caídas de los árboles tapaban estos hoyos constituían una verdadera trampa en

la que con frecuencia caían los trabajadores. ¡Cuántas veces caí también en ellas! De repente se hundía toda la pierna, y como el hoyo era tan estrecho se quedaba el zapato dentro. Había que ir siempre por la finca con mucho cuidado si no quería uno dar con la cabeza en el suelo.

Todo este trabajo fué un desacierto del hermano Porta. Los hoyos se hacen grandes y profundos para llenarlos de basura y tierra abonada y encima, en la tierra mullida se siembran las semillas. Por el desarrollo de las plantitas se podía conjeturar que el Hno. Porta había hecho la siembra en 1915, es decir, hacía dos años. Los años 16 y 17 los pasó realizando otro trabajo enorme. Fué el desmonte necesario y la apertura de cimientos del nuevo secadero y casas de braceros

y el terrible acarreo de tierra y piedras para igualar el piso que había de ser el patio del secadero.

No quiero decir el trabajo que supone el acarreo de material para tanto edificio porque de esto ya he hablado mucho en estas memorias. Sólo diré que en esta época del Hermano Porta ya no había ni jumentos ni mulas que colaboraran en este ingrato trabajo.

Todos estos trabajos se realizaron con bastante rapidez, porque los braceros tenían el estímulo de que trabajaban para ellos en la construcción de sus casas que según decían ellos eran «casas de blanco». Debido a esta actividad en aquel mismo año 1917 quedò terminado el nuevo patio trasladándose a él todo el personal de la finca con gran contento de todos.



..TODOS..

87011 81 8169

El Gobernador Barrera seguía dando guerra. Había hecho ya bastante daño y todavía no se acababa la mala voluntad contra la Misión. Buscando líos en la Misión de Banapá imponía multas por cualquier pretexto y sobornó a los braceros para que si el Hermano les pegaba se fingieran heridos de gravedad o muertos a fin de tener pretexto para hundir a la Misión. Así lo cumplieron ellos.

El Hermano Porta dió un puntapié a uno de ellos en la plaza de la Misión vieja. Él entonces se dejó caer como muerto. Otro dijo a los demás que ya había llegado la ocasión. Al momento se presentaron unos 40 braceros y con una gritería y unas lamentaciones que parecían producidas por la visión del juicio final, cogen al muerto y en trágica procesión le llevan a Santa Isabel, y pasando por el Gobierno General, declaraban a grandes voces que el Hermano Porta había matado a aquél hombre.

«—Que le lleven al Hospital»—gritó furibundo el Gobernador Barrera.

Aquella misma tarde llega de San Carlos la lancha del Gobierno para recoger al Gobernador, al médico y a otras autoridades. En el hospital queda un médico suplente. El P. Albanell aprovecha la ocasión para ir a ver al muerto.

El P. Albanell no le encontró muy muerto que digamos y por eso le preguntó:

—Qué tienes, hombre?

—Tengo hambre— respondió el «muerto».

— Y qué quieres?— volvió a preguntar el P. Albanell.

— Quiero arroz— volvió a responder el muerto.

El P. Albanell habla con el médico suplente y éste declara por escrito que este chocante «muerto» no tiene nada y que puede salir del hospital inmediatamente. Así se hizo, aquel hombre salió completamente curado del hospital. Todo esto sucedió en menos de un día.

Cuando llegan de San Carlos el Gobernador y el Médico preguntan por el bracero muerto y se enteran de que resucitó aquel mismo día y que no había pasado nada.

El trabajo y los disgustos inutilizaron al Hermano Porta para el cargo de la finca. A mediados de agosto de 1917 recibí en Elobey la orden de venir a suplirle. Al llegar encontré que la casa de los braceros estaba ya inaugurada pero todavía no estaban revocadas las paredes y cementado el piso.

Los braceros hacía ya varias semanas que no trabajaban porque habían pasado todo aquel tiempo en Santa Isabel declarando ante el Curador.

A causa de tantos líos y jaleos la finca estaba muy retrasada y en plena cosecha.

Hacía más de medio año que no se chapeaba y no había leña para el secadero. Otro contratiempo era la falta de comida. Los expulsados del Cameroun lo arrebataban todo. El arroz y pescado que el barco traía se lo daba casi todo a ellos el Gobernador. Era un gran trastorno para la finca

tener que salir cada semana con todos los braceros por esos mundos de Dios en busca de comida.

Salíamos por la mañana, por tristes senderos, traspasando fincas y bosques a buscar plátanos a Bonyoma al bosque del Sr. Puente o a donde pudiéramos encontrar plátanos de nadie. Teníamos que encontrar tres racimos para cada bracero. Cuando llegábamos a Barapá llegábamos rendidos de tal forma que al día siguiente la mitad de los trabajadores no se podían levantar de la cama.

Además de esos contratiempos continuamente nos estaban pidiendo braceros para la carga y descarga de los barcos y botes y ya no nos pedían tres sino que nos los pedían por docenas y para todo el día. Aunque a veces llegaran a las tres de la tarde se ponían a comer y a bailar y ya no había quien les hiciera trabajar a aquellas horas.

A pesar de tantas complicaciones sucedidas en estos años, la cosecha fué de 29.000 kilos de cacao y 3.000 de café.

AÑO 1918

Terminadas las cosechas de cacao y de café, antes que otros trabajos procuré resolver la cuestión de la comida. Me pareció que con plátanos, malanga y fruto de pan se podría remediar aquella necesidad. Pero este remedio tardaría en llegar. La malanga por muy deprisa que crezca tarda más de medio año en dar su fruto. Me acordé entonces de la yuca del Continente y de que en Elobey mu-

chos días sobraba la que traían los pámués del Muni y la vendían a cualquier precio.

Propuse escribir al Superior de la Misión de Elobey que era entonces el P. Marcos Costa el cual accedió gustoso a nuestra demanda y nos enviaba la yuca en fajos metidos dentro de cubas de vino vacías. Entre tanto nos dimos prisa y plantamos ochenta mil malangas y cuatro mil plátanos. Los miles así a bulto parecen nada, pero contados uno a uno se hacen interminables. Se recorrió toda la finca haciendo montones de cincuenta y de cien mientras una brigada limpiaba el terreno y otra traía las malangas y plátanos con la vagoneta.

Viendo lo mucho que servían los frutos del árbol del pan, y que con pocos árboles que había en la finca teníamos para una comida diaria para los setenta braceros durante casi medio año, procuré por todas partes y busqué algún plantel de dichos árboles.

Por fin un día, buscando un cerdo perdido hallé un semillero en el bosque de la finca de Salomé en la otra parte del río Cónsul. Pude aprovechar y plantar ochenta árboles que ahora son grandiosos y otros han sido cortados.

La malanga se desarrolló rápidamente con gran cantidad de frutos. Con ello hubiera resuelto el problema de la comida a no haber sido por los internados del Cameron que nos la robaban toda entablándose entre ellos y los braceros grandes combates. Una noche me llamaron por la gran



Estado actual de la fuente
que surgió en Banapá
al arrancar una ceiba

lucha que había. Bajé a la finca y les quitamos unos treinta sacos de malanga que se llevaban. Y no sólo se llevaban el fruto, sino también las plantas. Lo arrasaban todo.

Todas nuestras quejas fueron inútiles porque el Curador y el Gobernador los apoyaban y defendían.

Al trasladarnos en 1911 de la Misión antigua a la nueva confiábamos en la tubería de agua. Aquel agua serviría para todas las necesidades de una finca, hasta para beber. Pero pronto se vió lo turbia que era y el mucho barro que arrastraba. No servía para beber. Había que filtrarla y hervirla y esto era un gran inconveniente, pero no había otro remedio.

Un día, viendo el mucho cacao que se perdía en un barranquito que hay

detrás de la misión determiné cortar algunos árboles grandes que hacían demasiado sombra. Había uno enorme en el fondo del pequeño barranco y otro en lo alto del borde. Cortando el de arriba destruiría el de abajo y así nos ahorraría mucho trabajo. Los resultados fueron satisfactorios y sorprendentes.

El árbol del fondo, agobiado por el peso del que le cayó encima, se arrancó de raíz llevando consigo un gran panal de tierra, piedras y arena. La sorprendente fué que el hueco que dejó este árbol donde estaba plantado, apareció una multitud de fuente-cillas de agua cristalina y un pequeño remanso en el que se movían de un lado a otro asustados langostinos y cangrejos. Fui a llamar al Hermano Rubio y quedó maravillado de

aquel suceso. Después llamamos al P. Superior quien entusiasmado por aquel descubrimiento allí mismo determinó que se contruyera una fuente. Pronto comenzaron los trabajos de excavación y construcción. No se logró encontrar una vena principal. Cada una de las venas que aflúan a aquél lugar llegaban independientes, aunque el origen fuera el mismo.

La fuente se inauguró el 24 de octubre de 1918.

De esta forma tan chocante quedó remediado el problema del agua potable en Banapá.

En este mismo año de 1918 volvieron a continuar las obras de la iglesia que estaban interrumpidas, por consiguiente, a los muchos trabajos que tenía se añadió el del odiado pero necesario acarreo. Pero como los internados del Camerón se habían apoderado de toda la finca de Kaifer fue necesario pedir permiso para poder pasar por allí hasta el mar en busca de arena y también tenía que ir siempre acompañando a los braceros para que no hubiera líos al pasar por el campamento. Hubo además que instalar los corrales junto al nuevo patio y hacer notables reformas en la vía de las vagonetas. Se practicaron nuevos desbosques y plantaciones. Con estos trabajos se retrasó un poco la poda y el chapeo.

AÑO 1919

El retraso en la poda y el chapeo me causó ciertos sinsabores. Sucedió que aquel año hubo Sínodo o no sé qué, y los Padres Consultores tenían que bajar todos los días a Santa Isabel. Y bajaban a pie y viendo la finca. De aquí nació la acusación de que tenía abandonada la finca que sería mejor que renunciara al cargo porque otros lo harían mejor que yo.

El P. Provincial dio crédito a esto. Yo hice todo lo posible por adelantar más como había tantas cosas a que atender, el chapeo iba despacio. No obstante se había terminado de chapear toda la parte del río San José y toda la parte del río de la fuente dejando atrás la casa vieja, cuando recibí el aviso de que guardara más orden.

Nota: En el cuaderno original de donde copiamos estas memorias faltan dos páginas, las páginas 105 y 106. Seguramente las destruyó el autor al reconsiderarlas y juzgar excesiva alguna queja contra la incomprensión con que le parecía que su trabajo era juzgado. Por lo que ha dicho de su actividad en la finca basta para darnos a entender que era un encargado competente activo y que sabía dominar el personal.

Al R.P. Eugenio Legarda, C.M.F. en sus 25 años de misionero africano. Y con él a todos los compañeros de la divina aventura

DESALIENTO

España queda allá: tras la neblina
de recuerdos que nublan la mirada:
Dulce hogar, juventud, mil ilusiones
en cruz de apóstol bien claveteadas.

Mar azul. Cielo azul; que guía
rumbo Sur, a tierras africanas,
donde despierta el sol las selvas vírgenes
y hace sombra en el fondo de la almas.

¡Miral.. selval.. Se escucha ya el gemido
doliente de negra caravana.

Cierra, cierra los ojos misionero.
no quieras entrever lo que te aguarda:

«Un andar sin saber cuándo se llega;
un soñar, que la vida desengaña;
un sembrar sin ver nunca la cosecha;
esperar sin alivio en la esperanza;
coger flores, que siempre se marchitan;
hacer y deshacer hoy y mañana;
un gastarse de llama ante ojos ciegos
un morir gota a gota; un preguntarse
si es que vale la pena de vivir
ola de mar a fecundar la playa.»

Y así este día...y otro y otro y otro..
y así un año y venticinco años.

Cada noche en la frente nueva arruga;
sobre las sienes más cabellos blancos;
el caminar más lento, más cansino;
el corazón latiendo más despacio.

No por esto arrías tu bandera,
ni desmontas tu tienda de campaña.
Tú sabes que una cosa no envejece:

«Eperar...esperar contra esperanza».
No se ha perdido todo. Lo verás
cuando llegues al reino de las almas:
que el sudor del apóstol es de gotas
de la sangre por Cristo derramada.

Tomás L. Pujadas CMF.

Bata 18-9-66



Primer misionero español ordenado en Fernando Pco. Fué hace 50 años. El misionero es P. José Alcorta, quien el día 24 celebró en Santa Isabel la conmemoración de su cincuentenario sacerdotal

¿Milagro... o Morimó?

Por José Parrilla, C. M. F.

Lo voy a contar en esta revista que siempre fué muy católica y muy cristiana.

Es un hecho prodigioso acaecido en uno de los pueblos que tengo bajo mi cuidado. No sucedió hoy, ni ayer. Sucedió hace un año muy largo.

A la vista de este hecho prodigioso la gente se preguntaba: ¿Es milagro o es «morimó»?

La definición de milagro la da con exactitud cualquier diccionario.

«Es un hecho sobrenatural, debido al poder divino.»

Es difícil, en cambio, expresar lo que la generalidad de los bubis entienden por «morimó». Lo consideran como un ser raro al que atribuyen fuerzas ocultas, poderes raros, fenómenos engañosos que no saben explicar científicamente.

Esta creencia la suelen poner por encima de la ciencia de los médicos y de los doctores en otras ciencias.

Existen no obstante honrosas excepciones de personas que han superado las creencias en el morimó de su tribu, de su pueblo, de su cueva.

El hecho sucedió en Basacato de la Sagrada Familia. No intervine para nada en él.

Por lo mismo no soy parte interesada. Son testigos todos los habitantes del pueblo. El hecho está corroborado por testimonio de los Doctores Palacios, Romero, Vicente Esteve, Pérez Calvo y de otros que han intervenido en el Departamento de Rayos X del Hospital de Santa Isabel.

Se trata de la curación de un niño que se llama Edmundo Sopale Beaká, hijo de D. Benito Sopale y de Dña. Frebonia Beaká.

Desde que vino al mundo fueron muchos los cuidados médicos que recibió.

Los médicos diagnosticaban que su enfermedad era de difícil curación.

Auguraban que aquel niño nunca podría andar o andaría malamente.

Llegó el tiempo en que los niños empiezan a andar, pero Edmundo no podía dar un paso, no podía ni siquiera ponerse en pié. Si le ponían en pié, no guardaba el equilibrio. La pobre criatura se desplazaba arrastrándose por el suelo.

Las piernas no se le enderezaban ni se le robustecían con los medicamentos recetados que ocasionaban a la familia importantes gastos.

Tenía ya cinco años y todavía tenía necesidad de apoyar las manos

en el suelo para moverse por la casa y por el patio. A otros sitios ya no podía ir si no era llevado de otras personas.

Y fueron muchas las personas caritativas y cristianas de verdad que le llevaron muchas veces en brazos cuando tenía que salir de casa. Daba pena verle en este triste estado. Yo le veía siempre con gran pena de mi corazón de sacerdote misionero.

Los sacrificios que esto le costaba a Dña. Frebonia y a los demás de la familia Beaká, sólo Dios los puede contar y premiar.

En medio de estos sacrificios del corazón y de la economía, ella me dijo que tenía otra cosa en su corazón: fe y confianza.

Un día declaró toda su pena a la señora maestra del pueblo; la pena de ver a su hijo caminar como un animalito.

Con las frases de consuelo la señora maestra le dio a Dña. Frebonia una estampa de San Judas Tadeo. Dña. Frebonia comenzó una novena con la oración que tenía la estampa.

Al niño no se le puso ninguna medicina.

El niño también rezaba diciendo lo que su madre le había enseñado: «Jesús, hazme bueno. Jesús, cúrame» Dña. Frebonia no había terminado la novena a San Judas Tadeo.

El niño, como de costumbre oye tocar las campanas de la iglesia, hasta entonces esperaba los brazos caritativos que le hablan de llevar a la iglesia. Pero aquel día nota que él mismo sin ayuda de nadie, puede po-

nerse en pie, puede andar puede ir a la iglesia.

Ni él, ni su madre, ni nadie, supieron lo que pasó. El niño hablaba con más claridad y con más expedición que hasta entonces.

La calle estaba llena de piedras. El niño no tropezó en ellas ni se cayó. Caminaba despacito, pero seguro, Hoy después de un año largo, todavía tiene que caminar despacio siguiendo los consejos de su madre a la que ya puede él ayudar en los trabajos de la casa. Pero está curado. Es una realidad que creíamos imposible todos los que le vimos tullido.

Está curado y está fuerte.

Le he preguntado:

— Edmundo, ¿qué quieres ser tu?

— Yo quiero ser misionero.

— Pues... adelante, que yo ya soy viejo y necesito quien me sustituya.

Dios le de salud, gracia y constancia para ir al seminario y estudiar y educarse para sacerdote misionero mientras hay tantos que sólo se educan para llevar chaqueta y corbata.

Este es el caso.

Y discutirán todavía muchos si es milagro o es «morimó»

Yo pienso que es un milagro de San Judas Tadeo a quien acudió la madre del niño tullido.

Esto parecerá una simpleza. Per más simpleza creer que fue un caso de «morimó» Porque esto del «morimó» no es más que un embrollo o una forma de sacar dinero a los ignorantes para poder vivir algunos sin trabajar con el cuento de las cuevas.

La experiencia me ha enseñado.